

CORAJE

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Desafiando el destino: El extraordinario valor de una adolescente que se negó a casarse a la fuerza y ahora, treinta años después, lidera la lucha por la libertad y la justicia de otras mujeres islámicas en España.



HANAN SERROUKH

SEKOTIA

HANAN SERROUKH HAMED

Coraje

SEKOTIA

© HANAN SERROUKH HAMED, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, 2024

Primera edición: mayo de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Sekotia • Reflejos de Actualidad

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

Maquetación: Fernando de Miguel Fueyo

Síguenos en @AlmuzaraLibros

www.sekotia.com

@Sekotia

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN:978-84-19979-19-3

Depósito Legal: CO-648-2024

Hecho e impreso en España – Made and printed in Spain

EDITORIAL ALMUZARA

PARQUE LOGÍSTICO DE CÓRDOBA. CTRA. PALMA DEL RÍO, KM 4

C/8, NAVE L2, Nº 3. 14005 - CÓRDOBA

Dedicado a los niños y jóvenes que a pesar de las dificultades
y golpes de la vida deciden siempre dar su mejor versión
sin dejar que las circunstancias les definan.

A todos los hombres y mujeres de los cuerpos y fuerzas
de seguridad que han hecho de su vocación de servicio público
una forma de vida, en especial a los que nunca vemos
y siempre están allí.

A ti hija, por ser mi sueño hecho realidad. Me enseñaste a
ver el mundo con otros ojos, a ser mejor persona
y por ser siempre mi luz, que no siempre fue fácil,
pero que hemos aprendido a ser fuertes y valientes.

A Alfredo Urdaci por darme la fuerza de ser honesta
conmigo misma y a perder el miedo a los fantasmas del pasado.
Gracias por acompañarme en este cierre de etapa de mi vida,
sin ti este libro no hubiera sido posible.

Un recuerdo especial a Marc, Cristina y Marta,
sin vosotros nada hubiera sido igual.

Índice

Prólogo, por Pilar Rangel	11
Una explicación.....	15
Mi padre.....	19
El Colegio Sant Pau.....	24
Mi madre, mi modelo.....	27
El WhatsApp de los marroquí.....	29
Domingos y fiestas de guardar.....	32
Los sueños de mi madre.....	35
El salafista.....	38
Mi madre estrena hiyab.....	44
Un matrimonio forzado.....	46
La decisión de escapar.....	49
La fuga.....	51
En Gerona.....	53
Una cita con la familia.....	57
La noche.....	62
En la calle.....	64
Marta y Cristina.....	67
Una larga noche.....	70

Desarraigo	72
El Registro Civil	76
La academia y la clínica	80
Mis mecanismos de defensa	83
Punto de referencia	94
Formación y justicia	98
Casablanca	102
El repudio	104
La célula de Al Qaeda en Santa Coloma	107
Jordi Pujol entra en escena	111
Una llamada de la policía	117
No se trata de mí	123
Tipos de educadores	129
Un error	133
Distancia de la política	136
El regreso del salafista	138
Puertas que se cierran	142
La fantasía del choque cultural	144
Las preguntas de Nadia	148

Epílogo. «Luz entre las tinieblas»

por Diego Miranda Giménez de Azcárate	155
---	-----

Prólogo

Cuando Hanan me pidió que hiciera el «Prólogo» de su libro, me dio mucha alegría, pero a la vez era para mí una gran responsabilidad, porque el libro que tenéis entre las manos os va a sorprender mucho. En ella Hanan se desnuda por completo para contar la historia de su vida.

Es la historia de una gran mujer posiblemente criticada por algunos, pero admirada por la mayoría. Es la historia de una mujer que, a lo largo de su vida, ha tenido que pasar por muchas dificultades, no ser entendida por algunos, pero, a pesar de eso, ha luchado cada día por defender lo que creía era justo.

Es la historia de una mujer española después de escapar de un matrimonio forzoso y las consecuencias que le llevó el precio por su libertad.

Pero es también la historia de una mujer valiente que se levanta cada día y se enfrenta al mundo, que trabaja en el ámbito de la seguridad y que le tocó, entre otras cosas, enfrentarse al salafismo, escapar del islam radical y aprender a vivir sola, sin miedo.

Muy destacable es el capítulo sobre el salafismo donde Hanan describe perfectamente cómo es una persona que lleva a su vida y a la de quienes la rodean la práctica de un islam radical y cómo aún hoy todavía existen los matrimonios pactados de los que algunos, como ella, pueden escapar, pero la gran mayoría tiene que vivir bajo esa imposición.

Si hay una palabra que define a Hanan es la de «valiente» y también «comprometida». Hanan se convierte en una activista social y evita ser utilizada por los políticos del momento para sumar votos.

Los atentados del 11 de Septiembre en Estados Unidos y el 11M en Madrid marcan un antes y un después en la vida de Hanan. Si a todos nos conmocionaron esos momentos, a ella mucho más, que vivió el salafismo en primera persona. El pasado volvía de nuevo, pero, en este caso, la amenaza era para todos: era global.

En este libro, Hanan nos cuenta su vida, pero el único objetivo es ayudar a otras personas que, como ella, han vivido circunstancias parecidas. Es un libro que es una vía de esperanza para tantas personas que pueden estar atrapadas en estos momentos en alguno de los episodios que ella vivió...

Es una llamada a vivir en libertad y a actuar con coraje, porque la vida y la libertad no nos pueden ser arrebatadas sin motivo.

Me consta que la motivación de escribir este libro es para ayudar a personas que, como ella, han pasado por momentos muy difíciles y como agradecimiento a tantas otras que la han ayudado en situaciones muy complicadas.

Desde el convencimiento de que la educación es el arma más potente que puede cambiar el mundo, Hanan vive entregada a esa labor, una mezcla entre la acción social y de seguridad para poder prevenir y proteger a esas personas que se encuentran un día en una situación de especial vulnerabilidad.

Este libro es una llamada a la esperanza y al coraje de vivir, porque el mundo cambia gracias a quien pone en duda sus límites y no a quien limita sus dudas y Hanan lo consiguió... y, desde aquí, está para ayudar a otras como ella.

Gracias, Hanan, por tanto.

Pilar Rangel

*Profesora asociada de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales en la Universidad de Málaga*

Una explicación

La mayor parte de mi vida ha pasado en la penumbra. Primero, porque mi historia no era para ir contándola por ahí. Es más, la herida de la ruptura con mi familia provocó en mi interior un bloqueo. Fui incapaz de compartir mi experiencia, incluso cuando sabía que esa clausura me empujaba por un camino de autodestrucción. Más tarde, ya recuperada, inicié un camino profesional, relacionado con la seguridad, que implicaba una discreción absoluta.

La sombra se quebró el día que Alfredo Urdaci me pidió una entrevista para el libro *Cuéntame algo bueno*. Lola Ferreira, que trabajaba en el proyecto, me explicó que se trataba de conversaciones con mujeres para explorar la biografía de cada una de las entrevistadas y atisbar las condiciones en que se había desarrollado la vida de la mujer en las últimas décadas en España. En mi caso, buscaban a una mujer de origen árabe; una mujer que, de alguna forma, representara a los dos millones de personas que emigraron desde Marruecos o Argelia y que viven en nuestro país. Llegué a la cita sin saber más del proyecto, caminando con ayuda de una muleta, con la pierna quebrada.

En aquella entrevista confesé por vez primera que había escapado de un matrimonio forzoso en ese momento de la vida en el que la infancia da la vuelta para convertirse en juventud. Me costó. Cuando vi mis confidencias escritas en el texto que Alfredo Urdaci me remitió para su revisión, pensé en pedirle que eliminara aquel detalle. De hecho, se lo pedí. Me convenció para que no lo hiciera. Privar a los lectores de ese pasaje de mi vida habría sido un fraude para mí misma. No habría sido quien soy sin aquel episodio trágico que cambió mi trayectoria con un giro brutal. Porque aquella ruptura funda mi vida. He repetido muchas veces que el resto de mi biografía es un intento permanente de estar a la altura de aquella muchacha que dijo «no»; que se escapó de casa, sin conocer las consecuencias de aquella fuga, pero consciente de que no iba a aceptar una vida impuesta, una vida que no quería para mí, entregada a un extraño. Cuando eso sucedió, mi mundo ya había cambiado. Y ese «no» rotundo y radical era una negativa a aceptar todo lo que había perdido: la risa, la música, la diversión, la felicidad, la integración, la libertad...

Después de aquella entrevista con Urdaci para su libro, al ver mi nombre al lado de mujeres sólidas, con trayectorias extraordinarias, empecé a pensar en la posibilidad de publicar mi historia en detalle. Hasta entonces, no me parecía algo posible. No me siento referente de nada. Intento vivir fiel a la que fui, a la que se rebeló y reclamó ser dueña de su propia vida. Nunca me he sentido cómoda en ninguna casilla ideológica. He trabajado en la acción social, en la educación y en la atención a los más necesitados, pero he rechazado siempre ser la mascota de nadie. Vidas como la mía se suelen convertir con facilidad en un caso que se exhibe para recoger votos, para llamar la atención, para ilustrar campañas de unos y de otros. Entregarme al comercio de las ideologías habría sido destrozar el sentido de aquel gesto de ruptura con lo que me quedaba de familia, con todo lo que tenía, lo único que tenía.

Pues bien, escribo este libro con la intención de compartir con todos el precio que he pagado por ser libre. Siempre se paga un precio, a pesar de que la libertad no tenga precio. Me debo también a las niñas que siguen sufriendo matrimonios forzados, también en España. Y pienso, mientras escribo este libro, en todos aquellos niños y niñas, adolescentes, a quienes la vida se les ha roto en las manos, y a quienes nos cuesta, cada vez más, reconocer: niños y jóvenes de nuestros barrios que nunca serán portada de un diario ni formarán parte de las razones con las que se argumentan las leyes. Viven en ese complejo mosaico social, de diversidad étnica y cultural que nunca será del agrado de las políticas que se proponen en el multiculturalismo ni de los planes y mercados de la igualdad.

Mi historia es un reflejo de la complejidad de nuestros tiempos, de la dificultad social para encajar identidades diversas. Hemos buscado la integración por la vía de subrayar la diferencia, con la estrategia de afirmar que todas las culturas y costumbres tienen el mismo valor, y lo que nos hemos encontrado a la vuelta del camino son islas, guetos en los que los derechos constitucionales de una sociedad de personas libres e iguales no tienen ningún valor.

Lo sé porque lo he vivido en mi propia carne. Me tocó enfrentarme a un salafista, escapar de la violencia del islamismo y aprender a vivir sin arraigo, sin referencias, sin padrinos. He construido mi propia vida, como tantas otras personas, con dificultades. Ese es mi triunfo: haber construido desde la ruina de la destrucción que supuso en mi vida la llegada a mi hogar de un salafista, en el segundo matrimonio de mi madre, Fátima. Y hoy quiero compartirlo con vosotros, lectores, con el propósito de revelar una realidad que afecta a miles de niñas como aquella que fui, y con el interés de transmitir a los jóvenes la convicción de que no importa lo difícil que se nos ponga la vida, mientras seamos capaces de encontrar un sentido para seguir luchando. Yo lo perdí y lo volví a encontrar, mientras atendía a un joven que

perdió la movilidad del cuerpo por un accidente. Hoy, cuando en España tenemos un grave problema por el número de personas que se suicidan, tengo la esperanza de que este repaso de una vida, con las zonas de luz y las muchas regiones de sombra que he tenido que atravesar, sirva para que otros encuentren un camino de esperanza. Yo también sentí un día que la vida era un lastre del que me quería liberar con una dosis de alcohol y de pastillas. Y hoy doy las gracias a quienes me sacaron de aquel pozo oscuro. Este libro, lectores, es un homenaje también a todos quienes me han acompañado en este camino.

Mi padre

Tengo una débil memoria de mi padre. Ni siquiera tengo una foto con él. En mi infancia, se mezclan las primeras imágenes de Larache, de Barcelona, de Figueres. Pasé buena parte de mi niñez con mi abuela, en la aldea. Ahí comienzan la confusión y el desorden de los primeros recuerdos de mi vida. Nunca nos terminamos de explicar los caprichos de la memoria. Si exploro en el pasado, lo primero que me viene a la mente no es una imagen, sino el sonido: el de las hojas de los árboles movidas por el viento. Es lo primero que evoco. Y, después, la tranquilidad de las montañas de la aldea del Rif, alternada con el bullicio del zoco de Larache. Y ahí sí, ahí siento mis piernas sobre los hombros de mi padre, mezclados los dos entre la multitud: yo mirando el mundo sobre la espalda de un gigante. Esa era mi sensación: segura, sin miedo a la muchedumbre que se movía entre los puestos de carne cruda y verduras fragantes. Ese recuerdo debe de estar grabado con la fuerza de la emoción cuando mi padre me compró por primera vez ese pastel árabe de las mil hojas. Cuando llegamos a casa, a mi padre le riñeron,

porque yo era una niña y no podía exhibirme de aquella forma tan notoria, tan evidente para los demás.

A mi padre no le gustaban los formalismos. No era conservador. En Larache, en Barcelona o en Figueres, le gustaba más relacionarse con los españoles que con los marroquíes. Prefería el bar, sobre todo para ver los partidos de fútbol, que la costumbre rifeña de visitar las casas de los amigos para pasar la tarde tomando té. Siempre he pensado que su trabajo en alta mar era una manera de refugiarse de la necesidad de tomar partido. Tenía que elegir entre lo que se esperaba de él y la vida que le gustaba. Y siempre buscaba una forma de escapar de las presiones de sus paisanos, para que tuviera una actitud más comunitaria. Pero quizá es mi mente la que construye a su manera un recuerdo de mi padre; la que rellena los vacíos, enormes, que tiene su figura en mi memoria.

De las piezas que sí tienen un contorno nítido emerge la certeza de que era un hombre en constante ir y venir: del mar a la casa, de la casa al mar. Nunca le vi rezar. Sí le vi fumar Ducados y vestir tejanos y camiseta, bajo una cazadora azul. Cuando regresaba de faenar, traía siempre un cubo blanco con pescado. Lo abría con sus manos, agrietadas y ásperas del trabajo del mar. El cubo repleto de peces era siempre el prelude de una fiesta con refrescos de cola y de naranja y flan chino de postre.

Entre el recuerdo, intuyo también la certeza de que tanto a mi padre como mi madre les hacía ilusión que fuera al colegio. La imagen de mi padre está hecha de ausencias. Por eso, sus presencias dejaban una impresión más marcada en mi mente. No miraba el precio para comprar mi primera cartera escolar, tampoco para la bicicleta. Mi primera y única BH, con sus ruedas de refuerzo, fue un regalo suyo. Era roja. La probamos en la terraza de casa y, luego, en el parque, en una o dos ocasiones. No hubo tiempo para más. Pronto murió.

Mi infancia fue una mezcla de mundos y un continuo sucederse de pérdidas. Porque, después de despedirme de él como

siempre, me recuerdo en el aeropuerto de El Prat un día frío, lluvioso. Todavía veo el ataúd de mi padre entrando en el avión y yo en silencio, confundida.

No sé si fue el mejor padre o el peor, pero era mi padre. Era un hombre a quien no tuve tiempo de conocer. Entre lo poco que sé, puedo decir que era una persona aventurera. También que iba algo por delante de su tiempo. Cuando venía o cuando se marchaba, siempre me daba una moneda de 50 pesetas. Si salía con él, siempre volvía con algún regalo: un recortable para vestir muñecas de papel, algún cómic y, en días especiales, una minifigura de los Pitufos.

La memoria de la infancia son también sonidos y sabores de dos culturas, la española y la marroquí, la oriental y la occidental, aunque un niño no tiene ese concepto de separación. Yo las vivía como un continuo, como un paisaje sin vacíos en el que fluía la vida de las personas que estaban a mi alrededor, y en el que comenzaba la mía. Pasaba del grito de los payasos en la televisión, del saludo de «¿cómo están ustedes?!» a los viajes a pie con mi abuela para recoger el agua del manantial en la montaña. En casa se escuchaba a la egipcia Umm Kalzum y las rumbas de Peret. La religión ocupaba un lugar remoto: nunca vi a mi padre o a mi madre rezar. La oración era cosa de la abuela.

En Marruecos iba descalza; en Barcelona, calzaba unos zapatos azul marino y vestía una falda plisada prendida con un imperdible. En la aldea, se comía pan recién hecho con aceite de oliva y aceitunas negras. En la ciudad se tomaba colacao y flan de huevo. Pasaba, en horas, del alegre y bullicioso zoco de Larache a los escaparates de las tiendas de Barcelona, llenos de cosas inalcanzables. Lo que podíamos comprar estaba en una tienda de ultramarinos, o en los días marcados por la tradición cultural, como la Fiesta del Cordero.

Mi mundo eran dos mundos conectados de forma natural, sin sobresaltos, sin contradicciones, sin conflictos. Las cosas cambiaron cuando nos mudamos a Figueres. Necesité tiempo

para acostumbrarme. El invierno era frío y los sabañones me abrían la piel de las manos. Recuerdo la nieve y el ruido de la tramontana, que silbaba grave en las paredes del patio de luces de la casa de vecinos. Mi padre en Figueres no se sentía muy a gusto. Solía ir al bar Astoria a ver sus partidos de fútbol y pasar las horas sentado en la terraza.

Este mosaico social y cultural se fue entrelazando por la indecisión de mis padres. Al principio, tenía que quedarme con mi abuela, porque así ellos podían trabajar con más tranquilidad. Pero, después de la muerte de mi abuela, se quedaron sin ese desahogo. Si no fuera por algunas fotos que tengo de mis primeros años en Barcelona, y porque mi partida de nacimiento dice «nacida en Barcelona», yo pensaría que nací entre la Estación de Francia en Barcelona y la estación de Figueres.

En el poco tiempo que viví con mi madre y mi padre, nunca les oí hablar de infieles ni de alimentos halal ni *haram* ('pecado'). Los rigores de la religión nunca entraron en nuestra vida. El sonido de nuestra convivencia familiar eran las canciones que sonaban en la radio, las de la época. Mi recuerdo es vago. No pude conocer lo suficiente a mi padre, pero la huella que dejó en mí es la de una persona que desprendía un gusto por la vida liberal. Decidió vivir en España, como un español. Nunca se sintió un extraño. Mi madre era más compleja. Siempre tenía presente el qué dirán; siempre buscaba transmitir que las cosas nos iban bien. Es probable que, si la vida me hubiera dado otras cartas, yo sería la típica hija educada para tener lo que mis padres no tuvieron, lo que la vida no les dio.

Mi padre murió trabajando en alta mar, frente a Palamós. Salieron a pescar y los sorprendió el mal tiempo. Un golpe de mar los arrojó a las aguas y él perdió la vida. No avisaron a mi madre hasta que encontraron el cadáver. Una vez practicada la autopsia, preguntaron a mi madre qué quería hacer: si enterrarlo en España o en Marruecos. Mi madre decidió llevarlo a Larache. A mi padre le habría dado igual. No le importaba Larache o

Barcelona; solo quería vivir en un lugar donde hubiera mar y vida. El traslado era caro. La familia consiguió movilizar a los paisanos y amigos. Todos donaron algo de dinero para cubrir los gastos de repatriación. En aquella época, no había seguros y tampoco se podía esperar la intervención del imán de alguna mezquita, simplemente, porque no existían. Fueron los amigos de mi padre quienes quisieron rendirle un homenaje con aquella vuelta a casa, fallecido. Fue la suya una muerte trágica, repentina, brutal. Me dejó sin recuerdos. No consigo formar la voz interior que era la suya ni la imagen que era el rostro de mi padre; solo el recuerdo del féretro que subía al avión transportado por una cinta automática en un día lluvioso, con un cielo pesado de nubes que casi tocaban la tierra: un día opresivo. No acompañé su cuerpo: no había dinero para dos billetes. No asistí a su entierro. Reposa en el camposanto de Larache, frente al mar. Muchos años después, pasé por Larache y busqué su tumba. No fue un reencuentro emotivo, quizá porque todo lo que pasó después tiene un peso grave y un efecto corrosivo que devora todo lo que existió en aquella otra vida.

El Colegio Sant Pau

Tengo un buen recuerdo del colegio. Lo evoco como el más bonito de la ciudad, el mejor. Tenía banderas que ondeaban en la entrada. Era un edificio que me hacía sentir segura, conectada con el mundo. Allí todo era posible. Todas las clases tenían grandes ventanas; dominaba el color verde en las paredes, las mesas, las sillas. En mi época, todas las clases tenían la foto de los reyes y un crucifijo al lado. Mi primera maestra se llamaba Pilar. El primer año no hablaba catalán y tenía mucha mezcla de español y árabe. En el segundo, los maestros se sorprendieron de cómo manejaba el catalán y el castellano. Recuerdo las clases en invierno, la calefacción fuerte y las mejillas sonrosadas al salir al frío. El calor en esos meses era un privilegio escolar. En casa no teníamos más que una pequeña estufa, que se encendía después de cenar, para entibiar la casa antes de ir a dormir.

De casa al colegio, pasaba por la plaza del Triangle. En un lateral, bajo los arcos, había una figura de metal gigante que representaba al Quijote. Bajo ese arco, de vuelta a casa, me había parado muchas veces para pasar un rato con mis amigos hablando de cómo había ido el día.

También era habitual, de vuelta a casa, que me parase delante del escaparate de una tienda de música. Miraba los discos, los casetes expuestos en esos tornos giratorios donde se exhibían Hombres G, Alaska, Mecano... Era los que oía en Los 40 Principales o en el programa *Tocata*. El día más importante fue cuando, después de ver el vídeo de Michael Jackson, vi en la tienda el disco. Me pareció increíble, algo único. Cuando un día vino a buscarme al colegio mi madre, aproveché la ocasión y pasamos por la tienda de música, le enseñé el disco y el casete. Conseguí que entrara en la tienda y preguntara el precio. Pensé que lo había conseguido, pero la respuesta fue una negativa. Con lo que costaba el casete, mi madre tenía para hacer la compra una semana.

Fui la primera niña de origen magrebí escolarizada en Figueres en 1980. En el primer curso, mis mejores compañeras fueron Estefanía, Mirella y Eva. Estefanía era exótica, porque venía de Francia, pero no tanto como yo, que era la primera que en casa hablaba árabe. Esa condición me permitió no caer en guetos ni círculos cerrados. No había segregación ni discriminación positiva. Comía en el colegio, en el comedor, y mi madre estaba tranquila. No había imposiciones de ningún tipo. Mi madre solo pidió que, cuando el menú incluyera cerdo, me dieran pollo o una tortilla. No había dramas ni problemas con esas cuestiones, que no alteraban la convivencia. Hoy veo con tristeza cómo el menú halal es un motivo de batalla que muchos colegios han pedido. Creen que es un avance. Pienso que es más bien un retroceso.

El primer año de colegio fue toda una fiesta. Me gustaba mucho ir al colegio; durante los primeros años, a la hora del patio, todos jugábamos a la goma, a la comba y a los juegos de chocar las manos. ¿Quién puede olvidar la canción que decía así: «¡¡En la calle-lle, veinticuatro-tro-tro, ha sucedido-do un asesinato-to!!»? ¿O aquella de «soy capitán, soy capitán, de un barco inglés y, en cada puerto, tengo una mujer»? Aquel tiempo

pasó muy deprisa. Viví una de las mejores épocas de este país, cuando los niños solo tenían que ser niños y el colegio era solo el colegio: un lugar de formación, educación que se regía por unos valores sólidos de respeto, trabajo, sacrificio y constancia. Suena algo extraño, pero así fueron mis primeros años de colegio en la generación de la EGB.

Después del colegio, mi tiempo se dividía en dos: primero para merendar viendo *La cometa blanca*; después, haciendo los deberes: pero, si era martes, veía el programa *Música en Directo*, en el que se estrenaban videoclips musicales y se presentaban nuevos álbumes. Mientras veía el programa, siempre terminaba dejándome llevar por la música y convertía el comedor en una sala de baile. Esa fue la infancia en la que me formé: un tiempo en el que aprendí que mis señas de identidad, mis identidades superpuestas, no me hacían diferente a las demás; bailaban en mi interior y en mi exterior en armonía. Fueron unos años en los que experimenté una igualdad sin conflictos.

Mi madre, mi modelo

La vida transcurría tranquila en Figueres; quería mucho a mi madre; teníamos un vínculo fuerte, o eso creo. Ella era todo para mí. Veía en ella a la mujer más guapa del mundo. Crecía aspirando a la imitación de mi madre en todo. Me gustaban sus sandalias con plataforma, sus vestidos, sus caftanes. Su gusto en la forma de vestir era mi referencia. La forma en que llevaba el pelo era mi canon estético. Era coqueta y no salía sin ponerse su perfume Eau de Fleur. A mí me compraba otro de nombre Alada. Luego tenía sus cosas, las que tienen todas las madres, empeñadas a veces en comprar a los hijos prendas que rechazamos, porque son llamativas o nos parecen fuera de lugar. Tuve esa experiencia con un gorro de piscina, de color amarillo canario, adornado con margaritas gigantes. Provocó tardes de risas entre mis compañeros de colegio. Era imposible contemplarlo en mi cabeza sin una carcajada. Era el último gorro de los años sesenta y, obviamente, mi madre lo compró no por su valor estético, sino porque era el más barato de la tienda y, en su opinión, el más femenino.

Cuando llegó el islamista, desapareció ese problema, porque ya no se pudo practicar natación. También desaparecieron los perfumes de nuestra vida. Se acabó la piscina, que había sido

una iniciativa de mi madre. No lo dudó. Nadie discutió si yo podía o no llevar bañador. Era una asignatura; había que hacerla, con bañador, como el atletismo se practica con pantalones cortos. En lo único que había diferencia, era cuando salía con mi madre, porque a ella le gustaba pararse en todos los escaparates, en las joyerías, en las tiendas de ropa... Y yo tenía que leerle los precios. Lo que empezó siendo una forma de demostrarle que aprendía cosas útiles en la escuela terminó por ser una pesada tarea. Yo leía los precios y, al llegar a casa, mi madre apartaba un dinero para aquello que quería comprar. También era la encargada de leerle las cartas que llegaban desde el Ministerio del Interior. Fue cuando se promulgó la primera ley de extranjería. Había que estar al tanto de los trámites; tener en cuenta cada documento, los plazos, los requisitos. No era fácil.



Mi madre, vestida con pantalones campana y el pelo suelto. Año 1977, yo tenía 3 años

El WhatsApp de los marroquíes

En un principio, yo misma tuve miedo: «¿Ley de extranjería? ¿Éramos unos extraños?». Luego, poco a poco, fui entendiendo el procedimiento, pero esa ley, esas normas, no definían nuestra vida ni cómo nos sentíamos en nuestra pequeña Figueres. Como en mi familia nadie sabía leer o escribir, mi madre me encargaba grabar cintas de casete para enviar saludos a sus primos. Me hacía grabar a mí primero. Cuando estaba segura de que se había grabado bien, iba ella. Ese momento de oír mi propia voz era incómodo: no me gustaba grabar ni escuchar. Pero era la única forma de comunicarse por voz entre los de Figueres y los yebalíes de Marruecos. El teléfono era inalcanzable. Ahora, esas conversaciones que volaban por correo llevando mensajes de voz grabados tendrían un gran valor sociológico y antropológico. Recordar qué se decían, qué era lo que les preocupaba, qué noticias se daban de un lado y del otro sería interesante de repasar. La grabación y, sobre todo, la escucha creaban un aire de nostalgia y de ausencia, que hacían que mi madre terminara sus grabaciones siempre llorando.

La parte buena era cuando llegaban los casetes de respuesta. Recuerdo la ceremonia. Limpiábamos la mesa de la cocina y poníamos el radiocasete encima. Introducíamos la cinta y lo poníamos en marcha, en medio de un rotundo silencio. Era un momento mágico. Era un poco de la aldea en el corazón de nuestro hogar. Muchas veces, mi madre no podía contener la emoción; contestaba a las voces; rompía a llorar. Este método de comunicación era práctico y directo. Nadie tenía que escribir. Solo había que poner la dirección en el sobre. La privacidad de las conversaciones estaba garantizada. Esos diálogos duraban meses, años. Incluían todas las novedades y noticias que se producían en la familia, en Figueres o en la aldea marroquí: bodas, nacimientos, muertes y detalles de la vida social más relevantes.

Mi madre tenía por costumbre ir el martes a la plaza. Compraba fruta, verduras, algún queso y sesos de cordero, que cocinaba con salsa de tomate; en la tienda que había debajo de casa, leche y galletas y, si esperaba visita, subía con un estuche de surtido de Cuétara, que eran galletas de fiesta, en nuestra casa y en la casa de millones de familias españolas. En el mercado, en las tiendas, a mi madre la llamaban por su nombre: Fátima. Cuando se sentía espléndida, compraba pastas artesanas de almendras o sobaos, esa bollería artesanal de campo tan carpetovetónica. Cuento estos detalles porque, en esos ámbitos donde se socializa, es donde mi madre dejó de ser, poco a poco, una inmigrante, para convertirse en una vecina más, hasta el punto de que el párroco de parroquia que estaba al lado del colegio la saludaba por su nombre, y mantenían alguna breve conversación cada vez que se encontraban por la calle. No se trataba de convertirnos a la fe católica. Su única intención era que mi madre no se sintiera sola; que supiera también que contaba, como el resto de la comunidad de vecinos. Estos encuentros nunca incomodaron a mi madre, que siempre manifestó un respeto riguroso por el párroco. Estos detalles, ínfimos de tan

pequeños, son relevantes para entender la evolución posterior. Porque hoy el separatismo islámico, como lo llaman en Francia, ha borrado cualquier contacto con los no musulmanes; impide que existan estos puntos de encuentro.

Domingos y fiestas de guardar

El día más importante era el domingo. Ese día quedaban todos los paisanos. Nunca fue con intención de separarse de los no musulmanes. Eran encuentros para compartir la nostalgia y la melancolía, el recuerdo de un mundo que había quedado lejos, la evocación de los seres queridos. Es lo normal en cualquier comunidad en la que conviven personas que vienen de otros países. Es lo que han vivido los italianos que emigraron a Nueva York en los años veinte, o los vascos que fueron a Oregón en los años treinta. Esas citas servían también para compartir noticias, experiencias, lo que cada uno aprendía, lo que descubrían que podía ser útil para la vida cotidiana de los demás: trabajos, oportunidades para ellos o para los hijos.

El tema que ocupó más tiempo y que se debatía, pero de manera sosegada, era la relación que surgió entre un marroquí y una española. El cotilleo no era la diferencia cultural; el gran cotilleo era que esperaban a un hijo fuera del matrimonio y la familia del mustafá en Marruecos no tenía ni idea ni sabía de la existencia de esta relación. Nadie pensó en el factor de la religión. A nadie se le pasó por la cabeza que aquella muchacha

cristiana se tuviera que convertir al islam. También cito este detalle porque hoy vivir con normalidad este tipo de noticias es algo muy extraño. La mayoría obligan al no musulmán a convertirse al islam y a hacer pública esa nueva fe. No lo hacen por convicción, sino como un mecanismo de prevención de señalamientos, de persecuciones. Es una manera de proteger a la pareja, conscientes de que, de otro modo, se arriesgan al oprobio y el castigo.

Mi infancia transcurrió en ese ambiente, en un clima de integración, respetando cada uno las señas de identidad propias. Mis tardes eran momentos para las actividades extraescolares y mis horas de deberes en casa las recuerdo con la televisión siempre de fondo. Nos sabíamos la programación con detalle. Aparte de los dibujos animados clásicos, *La vuelta al mundo en ochenta días* o *Los tres mosqueteros*, me gustaban las películas de musicales americanos, el programa *Tocata* y cada sábado madrugaba para ver a Alaska en *La bola de cristal*. Durante toda la semana me costaba levantarme, pero el sábado me despertaba pronto y salía de la cama sin problemas de pereza. Eso irritaba a mi madre, porque yo no tenía una habitación para mí sola. El piso en el que vivíamos era muy pequeño, y todo era pequeño en ese piso, pero era muy digno. Al compararme con mis compañeros de colegio y oír que todos tenían su habitación propia, yo ansiaba ese espacio. Para tenerlo, convertí la mesita de noche en mi pizarra personal. Me llevaba unas cuantas tizas del colegio y me dedicaba a hacer dibujos, o escribía frases que me habían llamado la atención.

Después de un tiempo, mi madre buscó un piso con mejores condiciones. Era más grande y por fin pude tener esa habitación propia de la que habla Virginia Woolf en uno de sus ensayos. Ahora pienso que quizá mi madre buscó otro piso, porque quizá ya tenía en mente volver a tener a otra pareja. Lo cierto es que ella nunca me habló de volver a rehacer su vida con otra persona. Ese tema nunca salió en nuestras conversaciones, ni siquiera en

las que mantenía mi madre con otras personas. Antes de la llegada del islamista, nuestra vida era serena, tranquila, y transcurría de forma normal, sin diferencias sustanciales con la vida de otras personas cercanas. Nunca me pude imaginar nada de lo que vino después. Si alguien me lo hubiera explicado con detalle, habría pensado que se trataba de una película de terror.